

Levantad ese carño y arrojadlo á una fosa.

II

Era una bella figura la del Señor Josselin, dueño de la finca de las «Chevilletes» y vecino de los Blackbaern.

Aunque sólo tenía cuarenta años, parecía haber pasado de los cincuenta; pequeño de talla, la fisonomía rodeada de una barba larga y sedosa, llevaba en todo su exterior el sello de una distinción grande, y, en sus rasgos, una expresión de dulzura y de bondad, que aún no habían podido borrar, ni el hábito del desierto sudafricano, ni el efecto moral de pasados disgustos.

En el momento en que penetramos en las «Chevilletes» acababa de sonar la hora de la comida.

En la sala común, unos diez servidores negros, aparecen agrupados alrededor de una mesa de madera maciza que preside el Señor Josselin, el cual tiene á su lado una encantadora criatura de seis á siete años, de semblante sonrosado, alegre y que respira salud.

La señorita Lisette—«Zezéte» para sus amigos—es adorable y adorada; ella lo sabe y no pierde ocasión de sacar de ello pretexto para una pequeña tiranía que todos aceptan sin murmurar.

Pero Zezéte, como pequeña francesa que realmente es, tiene el sentimiento de las conveniencias y se porta en la mesa como debe hacerlo una señorita bien educada.

Aquel día, sin embargo, no parece hallarse en vena de alegría. Un pliegue de mal agüero riza su mueca gentil, y, contrariamente á su costumbre, deja sobre el plato sin tocarlo, el succulento trozo de buey que el Señor Josselin acaba de servirle.

Muy pronto es notada esta pequeña rabieta.

—Come, Zezéte. Se te va á enfriar la carne.

—No tengo apetito.

—¿Estás enferma?

—No estoy enferma.

—Entonces es que, á pesar de mi prohi-

bición, te has atracado de fruta. Verdaderamente, Pamela no hace el menor caso de mis órdenes.

Con un gesto muestra Zezéte lo contrariada que está.

—¡No he comido fruta! ¡No he salido con Mela! ¡No quiero salir con ella!

Y arrojando sobre la mesa su tenedor, añade:

—¡A Zimbo, á Zimbo es á quien quiero!

—Cierto es que hace tres días que no le hemos visto—observó el Señor Josselin en voz alta—. Y esto me parece tanto más extraño cuanto que el viejo negro no deja pasar un día sin venir á las «Chevilletes» con alguna sorpresa que ofrecer siempre á Zezéte, su protegida.

—No sabes, papá—repuso Zezéte—, lo mucho que yo amo á Zimbo... Es muy viejo, muy escuálido, muy pobre, pero no importa, le amo mucho, mucho más que á Mela que no quiere subir á los árboles para coger nidos, ni me da piedras con las cuales, cuando volvamos al país de mamá, pueda comprarte un hermoso castillo.

La muñequita se calló y se mordía los labios.

Viendo la mirada escrutadora del señor Josselin, severamente fija sobre ella, se inclinó sobre su asiento y aproximándose hasta el oído de su padre, dijo:

—Papá, yo soy una niña muy mala, porque me he olvidado de decirte una cosa que me ha sucedido. ¿Me perdonas?

La súplica de la niña era tan humilde y tan sentida, que hubiera sido cruel mostrarse enfadado.

—Te escucho, Zezéte.

—Sí, pero has de perdonarme.

—Todo está perdonado.

—Y has de prometerme no repetir á nadie lo que voy á decirte.

—Lo prometo.

—Pues bien, papá, cuando Zimbo vino á verme la última vez, me trajo una piedra gruesa. Yo no quise aceptarla, pero Zimbo me dijo que las hadas de la montaña se las habían dado para mí, y que más tarde, cuando yo fuese mayor, se transformaría en un hermoso castillo, como en los cuentos de encantamientos... ¿Estás enfadado, papá?